

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CARA AL SIGLO XXI, VISTA DESDE LA IGLESIA*

Mons. Hugo
Barrantes Ureña

Sr. Rector de la Universidad Estatal a Distancia, Señores Miembros del Consejo Universitario, estimados profesores, queridas alumnas y alumnos de esta casa de estudios superiores, señoras y señores:

Quisiera empezar el presente momento académico que la Universidad Estatal a Distancia me ha confiado, utilizando unas palabras provenientes de un importante documento interdicasterial que fuera publicado en el año 1994 y que tenía como propósito clarificar cuál habría de ser el papel de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria. El susodicho documento comenzaba diciendo lo siguiente: “la Universi-

dad y, de modo más amplio, la cultura universitaria, constituyen una realidad de importancia decisiva. En su ámbito se juegan cuestiones vitales, profundas transformaciones culturales, de consecuencias desconcertantes, que suscitan nuevos desafíos. La Iglesia no puede dejar de considerarlos en su misión de anunciar el Evangelio”.¹

Esto justifica mi presencia aquí hoy, lo mismo que mi preocupación por mostrar cercanía a un mundo que, como el universitario, debe sentir de manera inequívoca la solicitud de la Iglesia. Efectivamente, la comunidad llamada a prolongar la misión de Cristo en la historia, se siente llamada –en la medida en que desea ser fiel a los signos de los tiempos– a prestar hoy “a la sociedad y a la cultura la ‘diaconía de la verdad’”² de cara al empeño por acabar de una vez por todas con aquella gran tragedia que ya en 1974 vislumbraba Pablo VI cuando escribía en el corazón de una

* Lección inaugural dictada el 23 de enero del 2003 por el señor Arzobispo de San José, Costa Rica.

1. Congregación para la Educación Católica, Consejo Pontificio para los Laicos, Consejo Pontificio de la Cultura, *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*, Conferencia Episcopal de Argentina, 1996, p. 3.
2. CECOR, *Educación, Iglesia y Sociedad* (EIS), San José, 2002, p. 43.

década dura: “la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo”.³

A partir de aquí, y sentado lo anterior, quisiera girar en torno al tema que se me ha propuesto para hoy. ¿Qué decir de la Universidad y a la Universidad de esta parte de la historia? ¿Qué luz hemos de ofrecer desde las páginas del Evangelio al quehacer universitario? Vamos paso a paso.

¿Qué decimos cuando hablamos de Universidad?

Primero una nota histórica obligada. Hemos de lanzar nuestra mirada hacia atrás para fijarla en el siglo XIII. Un momento decisivo en el que, producto del espíritu corporativo que nacía, se va configurando poco a poco eso que con el tiempo se llamará Universidades.

A partir de las escuelas capitulares y abaciales se van constituyendo sin demasiada prisa, pero con mucha exigencia, centros que van ganando en prestigio y que muy pronto se constituirán en realidades con una identidad propia, dis-

tinta a las escuelas que les dan origen y, por supuesto, a los centros superiores antiguos.

La palabra “Universidad” hará referencia así a una forma de asociación corporativa que reunía a maestros y alumnos de diferentes procedencias y que buscaban autonomía y autorregulación. La expresión se aplicará a estas corporaciones, por primera vez, en el año 1203 en una nota de Inocencio III, al *Studium Generale* parisiense. Habla el Papa de *Universitas Magistrorum et Scholarium* a la vez que le otorga una importante dosis de autonomía con respecto al rey, al obispo y al Canciller. Luego vendrían Bolonia, Oxford, Palencia y Salamanca. Entre 1200 y 1400 nacerían cincuenta Universidades, de las cuales veintinueve serían de fundación pontificia, siempre siguiendo el modelo de París, de la gran *civitas philosophorum*, el centro del intelecto medieval, la fuente de una nueva clase intelectual que levantaba su voz cada día con una autoridad y una influencia más y más decisiva.

Se comprende así con facilidad porqué Juan Pablo II tituló *Ex Corde Ecclesiae* su Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas y escogió palabras de Alejandro IV dirigidas a la

3. *Evangelii nuntiandi*, N.º 20.

Universidad de París para abrir el documento. Una palabras que describían con visión amplia el ser y el quehacer de la naciente Universidad: “(ella) se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor al saber”.⁴

Efectivamente, no hay duda de que la Universidad ha de vivir de aquel *gaudium de veritate* del que alguna vez habló el Santo Obispo de Hipona. Un gozo que ayuda y anima a buscar la verdad, en cuanto meta que el espíritu humano siempre aspira a contemplar.⁵ Meta necesaria sin la cual no podríamos hablar auténticamente ni de libertad, ni de justicia ni de la misma dignidad humana.

Es en este contexto en el que se comprende en su plenitud de riqueza el sentido de aquella expresión tan conocida del Sermón 43 de San Agustín: *intellege ut credas; crede ut intellegas*.⁶ Realmente he allí un ideal y la razón de que resulten de gran importancia todos los esfuerzos que se puedan realizar para que el mundo académico

recupere la convicción de que nada bueno puede desprenderse de la separación entre fe y razón. “La vital interacción de los dos distintos niveles de conocimiento de la verdad -dirá Juan Pablo II- conduce a un amor mayor de la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación”.⁷

Universidad, teología y cultura

Esta realidad que es la Universidad es, como se ve, un producto del caminar de la historia y de la cultura occidental y cristiana. Al igual que ayer, siempre estará llamada a ser una escuela promotora de humanidad, una institución animada por una razón ética que la ha de llevar a provocar, desde la verdad, una novedad que gira en torno al ser humano y su dignidad.

Para ser consecuente consigo misma, con su historia, con la tradición que hereda, la Universidad nunca podrá dejar de lado que “solamente servirá a la causa del hombre si el saber está unido a la conciencia”.⁸

4. *Ex Corde Ecclesiae (ECE)*, N.º 1.

5. *Cf. Fides et Ratio (FR)*, N.º 1

6. PL 38, 258.

7. *ECE*, 17.

8. Juan Pablo II a la UNESCO, 2-6-80.

De aquí que no podamos dejar de decir que, para ayudar a tener una visión de conjunto plena y para que los centros de educación superior sean capaces del diálogo correcto con las presentes tendencias que marcan nuestra cultura, hay un rol que no puede faltar y que viene exigido por la misma historia de la Universidad: me refiero al rol de la teología.⁹ Un área del saber humano que no puede estar ausente del quehacer realizado desde el claustro universitario, sobre todo, en el marco de un contexto como el nuestro en el cual la crisis de sentido, el extravío de cara a lo ético y la exclusión progresiva de tantas y de tantos, hace imperiosa la voz contundente, clarificadora e integral de la Academia.

La teología, en cuanto parte intelectual del acto de fe, ha de ser en el seno de la Universidad –incluso para que ella se pueda llamar y ser en verdad *universitas*¹⁰– res-

puesta a muchos interrogantes culturales y sociales que hoy pendan de nuestro aquí y ahora.¹¹ Aplicando con corrección el método que le es propio, en un marco sano de interdisciplinariedad y con un adecuado carácter eclesial, la ciencia teológica habrá de ser capaz de enriquecer el quehacer de una Universidad que cada día está más y más llamada a ser promotora de un orden social nuevo, aunque para ello deba animarse en dirección a hacerse cargo, encargarse y cargar con una realidad que siempre está llamada a dar más de sí. Un proceder, como se puede sospechar, que no siempre estará exento de dificultades de algún tipo.

La Universidad, respuesta integral a los problemas

Para ser contemporánea a sí misma –como gustaba decir Hegel– y para ser respuesta integral a los problemas que muestra el contexto que le rodea, la Universidad ha de ser siempre capaz de leer críticamente su entorno. De frente a ello, los centros de educación superior conscientes de su ser y mi-

9. De gran interés el artículo de A. Rincón, "Teología, Universidad y Cultura", *Revista Theologica Xaveriana* 136 (2000), p. 475 ss.

10. K. Jaspers insistió en que el sentido original de "universitas" incluía la acepción referida a la diversidad de profesores y alumnos, pero también aquella que habla de la universalidad de las ciencias (*Die Idee der Universität*, 1961, p. 88).

11. Cf. Andrade, B., "La función de la teología en la Universidad", *Revista Proyección* 200 (2001), p. 13.

sión, del espíritu que les ha de animar y de una clara conciencia de la necesidad de buscar siempre la verdad mediante un empeño que no deja por fuera ninguna disciplina y excluye restricciones –como afirmaba Newman–, es claro que vivimos en tiempos en los que hay que tomar posiciones.

El ambiente cultural de nuestros días, diverso y algo confuso, es un gran desafío para la Universidad y, por supuesto, para la Iglesia. Ha entrado en crisis la idea de progreso; se llega a afirmar la disolución de la historia; la estética se pone por encima de todo, incluso de la ética; avanza un oscurecimiento progresivo de la razón y se da paso irrestricto al imperio del sentimiento; lo decisivo es lo inmediato y surge un deseo muy difuso de Dios. Y todo, por supuesto, en medio de un contexto que algunos consideran inevitable: lo global.

Es la presente una realidad que hace a muchos temblar, pues ya nada es lo que era. Otros en cambio, y pienso que por allí ha de ir nuestra actitud, estamos llamados a reaccionar de manera diversa y así visualizamos un reto. La Universidad, voz crítica de cada época, en cuanto “comunidad Colegiada que aspira a la totalidad del

saber”¹² y la Iglesia en cuanto realidad llamada a regenerar siempre las culturas desde la propuesta de la Buena Nueva,¹³ podemos y debemos plantear desde una actitud dialógica y positiva, opciones que permitan a la verdad recuperar su resplandor y a la humanidad su camino.

De frente a la posmodernidad hemos de avanzar con el deseo de reintegrar lo disgregado. Y de frente al fenómeno global nos hemos de sentir urgidos a la lectura crítica de una realidad que no es capaz de mostrar a demasiados su rostro aceptable. Pues, cuando las tres cuartas partes de los habitantes del planeta sufren la pobreza, la violencia y el desánimo, es porque necesariamente algo parece andar mal en el sistema imperante. Comprendemos así y nos adherimos a la fuerza del juicio con que Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Ecclesia in America*, se refería al fenómeno de la globalización. “La Iglesia –decía el obispo de Roma–, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella”.¹⁴

12. B. Andrade, *op. cit.*, p. 12.

13. Cf. EN, 20.

14. *Ecclesia in America* (EA), N.º 20.

Lo que la Iglesia espera de la Universidad

El reciente documento *Educación, Iglesia y Sociedad* preparado por la Comisión Nacional Episcopal de Educación para la Conferencia Episcopal costarricense, nos ofrece un numeral que aquí quisiera recordar. “Llamamos –dice el texto– a todas las universidades, tanto públicas como privadas, a asumir su sagrada misión de ser una comunidad formadora de personas y profesionales de excelente calidad, comprometidas con la construcción de una sociedad más humana, justa y solidaria, que se convierta en elemento de inclusión en todas las dimensiones. Como pastores de la Iglesia, les ofrecemos en cada una de nuestras diócesis el servicio de la Pastoral Universitaria, especialmente para estudiantes, profesores y administradores, y les invitamos en su servicio social a unirse en nuestros proyectos, que se ocupan de los más pobres, necesitados y excluidos”.¹⁵

Trata de un texto que recoge muy bien también mi esperanza ante la realidad de lo que espero de la vida universitaria que bulle en medio de la Iglesia particular que me ha tocado apacentar desde hace unos meses para acá. Es claro lo que espero y también lo que puedo ofrecer: el quehacer pastoral de una Iglesia que es consciente de sus retos presentes y que trata de entender su entorno para andar por los caminos correctos en este cambio de época y época de cambio. Y de frente a cuanto nos desafía, una cosa nada más: el empeño que debe ser conjunto en el plano de la reflexión integral. La apertura de cátedras teológicas en comunión con la Iglesia, la apertura de nuevos caminos para la Pastoral Universitaria y la cercanía dialogante y respetuosa con los centros de educación superior con respecto a la comunidad eclesial ayudarán a alcanzar las metas de una formación integral y a la construcción de una sociedad más humana y solidaria. Los detalles ya se afinarán, los signos inquietantes del entorno van en aumento. Ojalá que sepamos reaccionar a tiempo.

Muchas gracias.

15. EIS, 86.